

3549

Don Alonso  
de  
Solis.

H



# DON ALONSO

## DE SOLÍS.

DRAMA HISTÓRICO, ORIGINAL,

EN TRES ACTOS,

ESCRITO EN PÁUSA

POR

EL Dr. D. FRANCISCO GONZALEZ ELIPE.



Madrid

IMPRESA DE D. SALVADOR ALBERT.

1839.

Digitized by the Internet Archive  
in 2012 with funding from  
University of North Carolina at Chapel Hill

---

## ADVERTENCIA.

La composición dramática que con el título de **DON ALONSO DE SOLIS** presenta su autor al público, es uno de aquellos trabajos que, cualquiera que sea el mérito artístico que en sí tengan, requieren esencialmente que sobre ellos se hagan las debidas explicaciones. El drama está, digámoslo así, calcado sobre un crimen de cuya perpetración se resiente hasta el ser mas degradado de la tierra; crimen que repugna á la naturaleza misma y está en abierta lucha con la humanidad. Pero ni las circunstancias que así lo agravan, ni la predisposición innata en los hombres que lo censuran, á rechazar un género de maldad tan opuesto á la índole de la racionalidad, son motivo suficiente para evitar que fuese real y verdaderamente cometido. El autor ha tenido en sus manos la célebre causa criminal, que sirve de base á esta obra, y fue sentenciada en el consejo de las órdenes, año de 1712, por D. Pedro Nicolás de Orellana, D. Vicente Monserrat y Crespi, y el conde de la Vega del Pozo. Sin faltar á lo esencial del suceso que ha elegido como principal apoyo de su composición, ha procurado suprimir y atenuar á veces en lo posible, circunstancias probadas plenamente en el proceso que aumentan de un modo espantoso la

enorme culpabilidad del reo. Ha querido mas bien no impacientar al público con imágenes, aunque ciertas, demasiado desagradables, ni para el castigo del delincuente valerse de las fórmulas judiciales y estrépito forense, resorte, en su concepto, sobradamente manoseado. Al escribirlo se ha propuesto dos objetos: poner en el conocimiento de los demas un delito de que no tienen noticia, como fruto de una pasión desenfrenada, y escitarlos, con su fin funesto, á que no incurran en ella.

Despues de esta sencilla declaracion, el público, juez único é imparcial de las producciones de los demas, decidirá con su fallo sobre su originalidad, buen ó mal desempeño de su combinacion y caractéres que la componen.



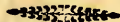
RECEIVED

THE DIRECTOR  
OF THE  
BUREAU OF  
LANDS  
WASHINGTON, D. C.

RECEIVED

THE DIRECTOR  
OF THE  
BUREAU OF  
LANDS  
WASHINGTON, D. C.

# PERSONAS.



DON ALONSO DE SOLÍS.

DOÑA ANA RUIZ, *esposa de*

DON RODRIGO DE ALARCON.

MARIA Y FERNANDO , *niños de Solís.*

PEDRO, } *criados.*

JOSE, }

UN JUEZ.

EL PARROCO DE LA VILLA.

DOS ALGUACILES.



*La escena es en Manzanares.*

AÑO DE 1712.





## ACTO PRIMERO.



*El foro representa una habitacion con puerta al frente y á los costados; á la derecha una ventana.*



### ESCENA PRIMERA.

**PEDRO Y JOSE *sentados.***

**José.** Alégrate, hombre, que tienes siempre una cara de Neron...

**Pedro.** Si vieras lo que dentro de mí pasa, con mas razon me lo dirias... Sin embargo, no quiero que me des ese título, porque aunque la cara nada tiene que ver con los hechos, todo el mundo sabe que Neron, parricidio, muertes y violaciones todo es uno, y yo no he cometido por cierto esos crímenes todavía.

**José.** Segun eso, no puedes responder de que no los cometerás en adelante...

**Pedro.** No lo sé. Pero ese personaje con quien me has comparado fue benéfico, liberal y pio al principio de su reinado, y la adulacion de su córte y muchas sinrazones de sus palaciegos le hicieron en seguida tan tirano. Como yo tambien soy hombre y en la clase á que pertenezco pudiera sucederme otro tanto, no diré que sea incapaz de hazañas de esa naturaleza.

*José.* Cómo se conoce á cada instante que has estudiado... Pardiez que eras digno de mejor suerte.

*Pedro.* Pues estoy muy conforme con la que me ha cavido, y crée firmemente que tengo un sentimiento grande en escitar la agena compasion.

*José.* Ya sé lo mucho que doña Ana, tu señora, te distingue, y no estraño que te dé pié para formar fortuna, sin embargo que quizá la tengas hecha.

*Pedro.* Qué motivos tienes para tales sospechas?

*José.* Si he de decirte la verdad me sorprende mucho el esmero con que cuidas de aquella grande alacena de la casa designada para colocar tus cosas, que tanto de ella te ocupas y á nadie enseñas. Alguna cosa de valor contendrá dentro quando la tienes siempre tan cerrada y nunca la abandonas.

*Pedro.* Presumes tú que si no lo necesitara me sujetaria yo á servir? Siempre tienes gana de hablar... Qué traes hoy de nuevo?

*José.* Vengo á pedirte unas hojas de aquella yerba que me diste no hace muchos dias que tan buen efecto surtió á mi cortadura.

*Pedro.* Pues no se curó ya?

*José.* No es para mí, sino para mi amo.

*Pedro.* Se ha dado algun golpe?

*José.* Precisamente. Me la ha pedido con la mayor reserva para ponérsela en el brazo izquierdo que lo tiene bastante cortado: por señas que no sabe que eres tú quien me la proporcionó ni quiero que descubras esta confianza que te hago.

*Pedro.* Te ofrezco guardar el sigilo, pero no puedo complacerte; no me ha quedado ninguna.

*José.* Voto á tall. Hará como unos dos ó tres meses que ha dejado de ser el mismo que era. Se retira á casa muy tarde por las noches, come poco, duerme menos, y hasta en su semblante se nota muchas veces el desasosiego interior que le importuna.

*Pedro.* Será figuracion tuya. Qué motivo puede tener para esa intranquilidad? Un hombre que ademas de su riqueza, mira en torno suyo sus dos hermosos hijos, qué puede apetecer?

*José.* Asi debiera ser, pero me parece á mi que cual-

quier padre quiere mas á los suyos que mi amo... Como quiera que sea bien poco me importa... Qué chasco me has dado con el remedio que le habia prometido. Que tenga paciencia. Hasta otra vez. (*vase por el frente.*)

## ESCENA II.

PEDRO *solo.*

Insensato! Felices los que como tú se ocupan solamente de su salario, y la meditacion única de su razon se reduce á cotejar la parte de su trabajo con el alimento que sus amos les dispensan... No conocéis las desgracias ni los goces, porque en vuestras almas, si las teneis, no fermentan las pasiones... Nada podeis distinguir porque nada conocéis... El que no haya amado como yo, no puede comprender mi corazon... Si supieran lo que encierra ese lugar tan vigilado por mí, lo que me ha costado conseguirlo, las lágrimas que sobre él he derramado y el ansia de venganza que su vista en mí despierta! Cuando de veras se ama, la muerte no es bastante á borrar aquellas impresiones, los recuerdos ilusionan, ver la fria imagen de la persona amada, simulacro mudo de lo que fue, suele ser el mayor goce... (Aqui viene don Rodrigo, finjámosle indiferencia.)

## ESCENA III.

PEDRO Y DON RODRIGO *por la izquierda.*

*Rod.* No puedo ni un instante reconciliar el sueño.

*Pedro.* El dia se ha hecho para velar, la noche para dormir.

*Rod.* Ni de noche ni de dia me creo seguro ni consigo estar tranquilo. Y no es el temor del riesgo el que atormenta horriblemente mi corazon, sino la imagen de la infidelidad mas ingrata. La idea horrorosa de que el cariño puesto en la muger por quien sacrifiqué gran parte de mi fortuna y abandoné mi familia sea correspondido con ficciones de depravacion y

que el aliento puro que en otro tiempo exhalaba de su ardiente boca lo haya convertido en raudal venenoso de perfidia.

*Pedro.* Habeis hecho algun nuevo descubrimiento?

*Rod.* Casi tengo seguridad de haber visto anoche salir á un hombre de mi casa.

*Pedro.* No habreis podido equivocaros?

*Rod.* Por algun tiempo lo creí, pero luego que me aproximé al objeto de mis dudas, noté que terciándose la capa se disponia á huir. Desenvainé mi espada inmediatamente, y no fue tanta su ligereza que pudiera burlar el tajo que le descargué.

*Pedro.* Hacia qué parte del cuerpo le dirigisteis el golpe?

*Rod.* A la que tenía descubierta, que era el brazo izquierdo.

*Pedro.* Os parece que le heristeis?

*Rod.* Sin duda.

*Pedro.* Pedisteis á vuestra esposa razon de aquel hombre?

*Rod.* Se la exigí, y su contestacion negativa, pero notablemente vacilante, aumentó mas mis sospechas.

*Pedro.* No presumís quién pudiera ser aquel hombre?

*Rod.* No puedo asegurarlo, ni quisiera equivocarme, pero me pareció don Alonso de Solís.

*Pedro.* Y por qué no le perseguisteis?

*Rod.* Porque no habiendo podido travesarle el corazon en aquel acto, creí deber aguardar la ocasion de saciar en ambos, con tu auxilio, la cólera de mi honor ultrajado.

*Pedro.* Con esa misma esperanza no os he dado yo antes parte del suceso.

*Rod.* Pues quién te ha advertido?...

*Pedro.* Nadie.

*Rod.* Lo viste?

*Pedro.* Tampoco.

*Rod.* Has sido cómplice en su entrada?

*Pedro.* Menos.

*Rod.* Pues cómo lo sabes?

*Pedro.* Porque tenía las mismas sospechas que vos hace ya tiempo, y acabo de saber de la sinceridad de José,

su criado, que se halla herido del brazo izquierdo.

*Rod.* ; Ah, perjura esposa!... Bien conocia yo que me ocultaba la verdad... Hoy mismo quiero con su sangre lavar mi afrenta.

*Pedro.* No seais, don Rodrigo, tan precipitado... Bien conozco la lucha de afectos que combatirán en este momento vuestra alma al contemplaros postergado á un infame querido por la que hasta ahora llamasteis vuestra idolatrada esposa; pero dejarse arrebatado del esceso de vuestra cólera sin premeditar y conseguir primero el sabroso deleite de la venganza, sería el paso mas indiscreto.

*Rod.* Pues quién osará contrarestar mi justa indignacion?

*Pedro.* Cualquiera que os viese acometer á un hombre que por solo estar en su casa tiene á su favor la presuncion de honrado, se armaría contra vos como agresor. Además, quién os ha dicho que despues de publicar vuestra deshonor le encontrariais en su casa, y por ventura desprevenido? Vuestra ilusion os fascina demasiado, creedme.

*Rod.* La amo todavía á pesar de tanta iniquidad, pero no volverá la infiel á escuchar de mi boca los acentos de ternura con que tantas veces ponderé mi felicidad por hallarme á su lado. Mi delicia fue su compañia. Sí, Pedro, aun late mi corazon por ella, pero mi razon se sobrepone con mas influjo á la pasion de amarla. Desengañado de su falsedad yo la abandonaría á la suerte que debe proporcionarle la atroz injuria que fraguó su corazon contra la sinceridad de mi cariño, si el despecho, el encono y el ansia de tomar venganza fuesen inferiores á mi amor y su desprecio... Pero no, sería favor imperdonable evitarles que con su sangre pagasen su atrevimiento.

*Pedro.* Ese plazo pudiera pronto cumplirse si tuvierais calma.

*Rod.* Y no podria yo al menos egercer hoy en mi esposa parte de la saña que abriga mi corazon?

*Pedro.* De ningun modo, porque al paso que seriais perseguido por la ley como asesino, la venganza entonces no sería cumplida, porque sabedor don Alou-



so del castigo que habiais dado á vuestra esposa, trataria de sustraerse á toda vijilancia y quedaria en el mundo para renovar mas cada dia vuestra mortificacion. Lo primero es quedar á cubierto de la nota de criminalidad. Yo hubiera podido vengarme en otras ocasiones de mis enemigos, y el temor de aparecer injusto á la vista de las gentes me hace aguardar una ocasion.

*Rod.* Tomo tu consejo, Pedro, dices bien. Mucho me cuesta refrenarme, pero si en mi acaloramiento no te tuviera á mi lado ya me hubiera perdido. Tú crees que su pasion misma los ha de poner en mis manos?

*Pedro.* Será difícil que yo no lo consiga.

*Rod.* Yo no debiera haberla mostrado anoche tan escésiva indignacion, más ya no tiene remedio... Bien sabes lo que me intereso por tí: no debes dudar del grande aprecio que de tí hago, cuando te traje á mi lado solamente para espiar la conducta de mi esposa. Querria depositar mi confianza en un hombre que no me vendiera... ¡Funesta espiacion!

*Pedro.* Yo me brindé á servirlos aceptando esa condicion... Os estoy agradecido, es cierto. Además, os pareceis algo á mí en el modo de sentir, y aunque no fuera si no por eso tendria que simpatizar con vos. Pero la causa de mi venida á servirlos no la sabeis todavía?

*Rod.* Abreme tu corazón, que yo prometo auxiliarte en cuanto pueda.

*Pedro.* Me es á mí suficiente auxiliáros.

*Rod.* Dime qué pretendes, á qué aspiras, qué necesitas?

*Pedro.* He cumplido con el objeto para que decís me trajisteis?

*Rod.* A todo mi placer.

*Pedro.* Y no me obligo á continuar haciéndoos iguales servicios?

*Rod.* Así me lo has prometido.

*Pedro.* Pues básteos saber que no nací para servir: sofocad vuestra curiosidad y no me preguntéis más.

*Rod.* Pero me darás noticia de cuanto descubras?

*Pedro.* Y haré para que os vengueis.

*Rod.* Oyeme. Mi esposa se halla cansada de mi compañía hace algunos meses, segun he podido notar, alhagada sin duda por algun designio criminal de don Alonso. Reniega á cada instante de la impetuosidad de mi génio, y mis acciones y palabras le acarrean el disgusto. Déjate seducir de ellos si lo procuran; muéstrate mi enemigo mortal y conspira si es necesario contra mi vida para ser depositario de sus proyectos.

*Pedro.* Esas útiles advertencias llegan ya tarde. Todo está previsto; vuestra esposa reconoce en mí la venalidad personificada y está en la persuasion de que os aborrezco... Sin embargo, con vuestro consejo habeis presentado á mi imaginacion una idea nueva que puede sernos muy favorable... Cuando os retireis esta noche como de costumbre teneis, llegad primero á la ventana de la calle y recoged el papel que es muy posible encontreis liado á uno de sus hierros; leedle al instante, y haced cuanto os ordene. Conviene que os retireis para que yo pueda hablar libremente con vuestra señora.

*Rod.* Adios, querido Pedro. Cómo pagaré el afan con que me sirves?

*Pedro.* Con soio abedecerme. (Váse D. Rodrigo.)

(Pedro empuja la puerta de la izquierda.)

Señora, podeis salir cuando gusteis, que ya se marchó vuestro esposo y no vendrá segun ha dicho hasta la noche.

#### ESCENA IV.

DOÑA ANA Y PEDRO.

*Ana.* ¡Mi esposo! y verme [precisada á darle este nombre!

*Pedro.* Qué lo resistís!

*Ana.* Y cómo he de dar gustosa el título de mayor cariño á un hombre para quien no nací?

*Pedro.* Os casaron á la fuerza por ventura?

*Ana.* Voluntariamente aparenté hacerlo, pero fué por dar en rostro al hombre á quien yo entonces amaba.

*Pedro.* Vuestro amante se casaria con alguna otra

muger, no es verdad?

*Ana.* Así fué.

*Pedro.* Y aun le amais?

*Ana.* Con todos mis sentidos.

*Pedro.* Existe la muger que os robó la mano de vuestro amante?

*Ana.* Murió ya: no podia vivir mucho tiempo al lado de un hombre que suspiraba solo por mí y que disgustos y sinsabores le proporcionaba á cada instante.

*Pedro.* Y tal vez ella viviria solo para su esposo...

*Ana.* Era virtuosa en verdad, y aun cuando su corazón tambien lo tenia destinado para otro con quien se hubiera casado, al no haber cedido por demasiado obediente al mandato y voluntad de sus padres, es preciso confesar que no fué como yo perjura y que la resignacion le hacia sobrellevar la amarga vida que por mi causa le proporcionaba Alonso... (*Arreventida de haberle nombrado distraidamente.*)

*Pedro.* De Solís: seguid, sí, todo lo sé. Y que don Alvaro de Ginesta era el sugeto destinado á poseer la mano de su difunta esposa.

*Ana.* Pues por dónde ha llegado á tu noticia?

*Pedro.* Somos de un mismo pueblo, y como en ellos todo se divulga... Y don Alonso á pesar suyo se casó con ella ya porque os supusieron entonces que vos no le amabais, como por burlar las amenazas que don Alvaro le dirigió por escrito.

*Ana.* Este hombre todo lo sabe.

*Pedro.* Y lo que mas estraño es que querais encubrirme un asunto en que mas que nadie os puedo y deseo favorecer... Quién mas enemigo de don Rodrigo que yo? No os he dicho mil veces que si subsisto en vuestra casa es por estar á vuestro servicio? Creéis por ventura que no estoy cansado de sus impertinencias, de ese génio violento y descontentadizo con que mortifica á cuantos andan á su lado?

*Ana.* Tan persuadida estoy de ello que por lo mismo sabes te he confiado todos mis secretos.

*Pedro.* Menos este.

*Ana.* Hace muy pocos dias que la promesa de unir-



nós para siempre ha empeñado nuestras almas, y casi no he podido decirtelo antes, pero hoy mismo trataba de hacerte sabedor de nuestro juramento.... Sí, sábelo por fin, y cuento con todo tu talento para llevar adelante mi propósito, como por su parte también él lo cumplirá.... Arrastro una vida desgraciada. Cuanto mas procura don Rodrigo conquistar con alhagos mi cariño, mas mi corazon se inclina á mostrarle sus desvíos.... Por otra parte, sus amenazas continuas, efecto sin duda de su ciega pasion, su carácter indómito é inflexible, en vez de acobardarme mas, me irrita.... Vivir al lado de un hombre á cuyos vínculos no pudo unirse la suerte de una muger enamorada de otro, es el castigo mayor que pudo inventar el cielo en un acceso de su tremenda ira.

*Pedro.* Con todo quanto habeis dicho de don Rodrigo, y algo mas que yo pudiera añadir en quanto á su genio insoportable y vuestra dolorosa situacion, ignorais lo mas principal.

*Ana.* Pues qué sabes de nuevo?

*Pedro.* No estrañais que don Alonso no haya venido hoy como tiene de costumbre?

*Ana.* Con mucho cuidado me tiene, ya debiera haber venido.

*Pedro.* A lo que yo creo, si llega á venir hoy será con trabajo, porque debe de hallarse herido del golpe que anoche recibió de mano de don Rodrigo, si es que yo no me equivoqué, ó le dió de plano.

*Ana.* Qué dices, Pedro! (*sorprendida.*)

*Pedro.* Que estando yo anoche asomado á la ventana con la curiosidad de ver con la luz de la luna quién salia de casa, noté que don Alonso, al divisar á don Rodrigo se puso en ademan de huir, pero no pudo burlar el tajo que este descargó sobre su brazo izquierdo.

*Ana.* Infeliz de mí! Si peligrará su vida!.... Rodrigo, tú quieres acabarte de perder. No me engañes, por Dios, es la herida de mucha gravedad?

*Pedro.* No fué para tanto el golpe cuando no le impidió la fuga.... Con esto me parece no dudareis de

que todo lo veo, todo lo sé, y todo lo callo por ser cosa á vos favorable, aunque contraria á vuestro marido.

*Ana.* Nunca he dudado de que le aborreces casi tanto como yo, pero con esta nueva prueba de tu afecto me obligas á que te guarde mayores consideraciones. Yo premiaré este servicio y cuantos hicieres en adelante por nosotros.

*Pedro.* De ese modo, mandadme sin detención en lo que os pueda favorecer.... El sandio y celoso de don Rodrigo me alhaga en muchas ocasiones para que le descubra cuanto pueda investigar de amores que acaso tuvieseis. Yo le supongo ser un Argos de vuestra conducta, y le prometo á cada paso hacerle participe de cuanto consiga indagar de vos.

*Ana.* Por eso anoche le ví desesperado á veces, meditando otras, como quien cavila en alguna maldad, y á cada instante poniendo delante de mis ojos la idea horrorosa de una muerte desesperada si llegaba á descubrir que mi corazón era de otro.

*Pedro.* A mí tambien trató de acobardarme con la sangrienta intimación de que me degollaría si no le nombraba el sugeto que acababa de salir de la casa. Pero en fuerza de verme negativo y como soñoliento, dió crédito por último á mis vindicaciones, y solo me insinuó que pronto iba á llegar el día en que pensaba lavarse en la sangre de unos adúlteros. Me impuso en seguida el silencio de cuanto os estoy diciendo, y me ha mandado hace poco bajar á la cueva para que á su vuelta le tenga abierto un hoyo.

*Ana.* No presumes el objeto con que te habrá hecho ese encargo?

*Pedro.* Verdad es que en un impulso de su ira pudiera su ceguedad arrastrarlo á un extremo... Pero no, no puede ser, algun fin insignificante se llevará en ello... De cualquier modo, si tratáis de seguir, como decís, en las relaciones á que os habeis obligado mutuamente, debeis ante todo asegurar vuestra vida: mirad que peligra mucho.

*Ana.* Que si las seguiremos, dices! Y no habrá poder humano que pueda disolverlas, y si para continuarlas

fuese necesario echar mano del último remedio que, para ello existiera, quizá no titubearia en adoptarle.

*Pedro.* Sabéis que siempre os hablo el lenguaje de la sinceridad. Lo primero que debe hacer todo hombre para vivir sin azares ni zozobras, puesto que vos me habeis apuntado la idea, es descargarse de sus enemigos; y en primer lugar de aquellos que por ser mas capitales pueden ser mas terribles. Credme. Cuando un enemigo despoja de la vida á su contrario, destruye con él el deseo de venganza que alimentara viviendo; de lo contrario, el hombre que sale de su adversidad, sustenta mayor conato de vengarse al simple recuerdo del triunfo de su vencedor. Mirad que hablo por esperiencia

*Ana.* Qué dices, Pedro! Entre aborrecer y matar hay una distancia enorme.

*Pedro.* Y entre perder á un hombre que se idolatra y al que es objeto del mas enconado aborrecimiento, es mucho mayor. Determinad, sin embargo, lo que gustéis, Señora, yo no procuro hacer tiempo sino favorecer los designios vuestros y de don Alonso que son propiamente los míos. Vos elegireis el partido que mas creais conduce á vuestros deseos. *(Se oye una palmada por la puerta de la derecha.)*

*Ana.* Don Alonso....

*Pedro.* Ya sabéis donde me hallo. *(Váse al interior.)*  
*(Doña Ana abre á don Alonso.)*

## ESCENA V.

DOÑA ANA Y SOLÍS *con el brazo izquierdo vendado.*

*Ana.* Dueño de mi vida! Me has tenido llena de sobresalto. Por algunos instantes creí que Pedro con sus palabras siempre enigmáticas y misteriosas trataba de ocultarme el peligro en que te hallabas, pero el cielo ha querido que mi fatal presagio no fuese verdadero.

*Solís.* No, querida Ana. Ahora mas que nunca me siento con mas vida y satisfecho de haber vertido mi sangre por tu amor... Pero quién hizo sabedor á Pe-

dro del suseso? ó me conoció acaso don Rodrigo?

*Ana.* Pedro ha sido, como yo anoche, objeto de sus iras. Á pesar de que por la ventana todo lo vió y fue maltratado de palabra por su amo, negativo con serenidad y fiel al aprecio y estremada confianza que le dispense, hubiera consentido ser antes víctima que delator de lo que acababa de pasar. Estamos sin duda descubiertos. Las preguntas llenas de sagacidad de ese hombre que para perpétuo castigo tengo á mi lado, todas indicaban que no pudiste sustraerte á su penetrante vista. Sus amenazas terribles me consternaron de una manera espantosa, á la par que despertaban en mi corazón la idea de un nuevo y mas escésivo aborrecimiento. Solo por tí temblaba, y sin duda mis temores alentaron sus sospechas. Iracundo, maldiciendo su suerte y ansiando el instante de sorprendernos alguna vez para embotar en nuestros pechos su cuchillo, parecíame mas bien que aquel Rodrigo molesto y siempre enojoso, herida fiera que rabiosa busca en su dolor la mano que le despidió la saeta. Sus asechanzas, querido mio, no dudes que serán continuas. Tú sabes muy bien el aliento que presta á un hombre ultrajado la esperanza de su vindicacion... qué haremos en trance tan apurado? Carecer yo de tu vista, de tus halagos, es pedir un imposible. Consentir en que arriesgues á cada momento tu vida sería temeridad y no quererte. Cuál es el partido que deberémos elegir? Dimelo tú para abrazarlo.

*Solis.* Puesto que me obligas á que te diga mi parecer y lo que siento, escúchame. Tú no dudarás del cariño que te profeso superior á todo encarecimiento...

*Ana.* Y cómo dudarlo con la reciente muestra que de él me has dado?

*Solis.* Estarás tambien segura de que el mayor sentimiento que he tenido en la tierra desde que te conocí ha sido el de no poderte llamar mi esposa....

*Ana.* Lo sé.

*Solis.* Pues en el encuentro que anoche tuve con don Rodrigo pude haber destruido el impedimento que existe para no poderte dar aquel suspirado nombre. Pude vencerle, pude matarle, pues que su espada no hubiera

alcanzado á la distancia que mis pistolas ; pero el temor de comprometerte , el temor de descubrirte y perderte quizá para siempre , me dictaba secretamente que huyese imitando al cobarde , que teme medir sus armas con el hombre á quien , por el miedo que le anonada , juzga como rival mas poderoso. Por eso hui , pero por lo mismo te he salvado.... Qué importa que me haya conocido ? El secreto se ha estancado en su persona. Pues bien , un secreto no es temible cuando se tiene en la mano el remedio de que permanezca sin revelar eternamente , como lo habria sido la publicidad que hubiera podido anoche acarrear una defensa inconsiderada.... Dos caminos solamente se ofrecen á mi vista que ambos propenden á un mismo fin , y pueden sacarnos de este estado de intranquilidad y peligro. El uno es dudoso , el otro cierto y seguro. Terribles ambos , pero necesarios. A tí toca elegir el que hemos de tomar para ser felices ; á mí superar los obstáculos que para ello se opongan.

*Ana.* Estoy impaciente de saberlos para complacerte. Ya tengo elegido el mas cierto , mas pronto , mas ejecutivo.

*Solis.* Es , Ana , el mas terrible y costoso.

*Ana.* No me arredran tus pronósticos ni sus dificultades.... Yo debo sacrificar todos mis intereses , mis afecciones privadas , arriesgar mi vida en fin , para tenerte á mi lado de continuo , llamarte mio y coger el fruto de nuestros amores. En qué te detienes ? Muéstrame ese remedio tan eficaz ?

*Solis.* No te retractarás de tu promesa ?

*Ana.* Acaba , cómo se ha de conseguir ?

*Solis.* Dando muerte segura á don Rodrigo.

*Ana.* Qué oigo , Dios mio !

*Solis.* Desistes de la entereza que há un instante te envanecía para llevarlo á cabo ?

*Ana.* Y quién creyera , Solis , que me habias de colocar en tan dolorosa alternativa... ? Bien conoces la inmensa diferencia con que mi corazon te distingue de tu rival. El odio , el hastío , la continua amargura que á su lado sufro , productos son de la ternura con que te albaga mi amor. Sus palabras cariñosas son



para mí de hiel : las tuyas son el bálsamo consolador de la felicidad. Su vista me desagrada y á veces me confunde y aterra, la tuya me anima y cada vez mas me interesa, tú lo sabes. Pero pretendes que mi labio dicte la sentencia de su esterminio?... Quieres que no contenta con ser infiel á mi deber y juramentos me convierta en verdugo sanguinario del hombre á quien me unió el destino y por mí se sacrifica?

*Solis.* Y he de consentir que la muger que ha sido siempre el ídolo de mi existencia, el ángel de mi gloria, aquella por quien he arrastrado una penosa y desgraciada vida que en mí solo puede encontrar el término feliz de sus deseos, gima perpétuamente desconsolada entre los brazos del hombre á quien jamás amó? Quieres que cayendo en sus lazos le sirva yo de instrumento para que perezcas? Pretendes verme humillado y á sus pies muerto? Permitirás que nuestra escesiva confianza nos entregue incautamente á su furor?... Pero aun queda otro medio que tentar para libertarnos de él, si el lance me fuese favorable sin apariencia de crimen; pero no puedo responder del éxito.

*Ana.* Y cuál es?

*Solis.* Don Rodrigo es reputado como caballero. Le diré que te amo, le retaré en seguida á un combate, mediremos nuestras armas y el que venciere quedará dueño de tu mano.

*Ana.* Todo lo consentiria menos eso. Ponerte á riesgo de perder tu vida! Jugar mi mano con peligro inminente de perder tu existencia con un hombre á quien si la dí fué sin amor!... Y has podido imaginar que muriendo tú seria yo de otro ni podría sobrevivirte? No me conoces. Ademas quién sabe si don Rodrigo indignado esquivaria la lucha por reputarla injuriosa al derecho que sobre mí tiene para saciar en ambos su venganza?

*Solis.* Pues es preciso que muera.

*Ana.* Medítalo bien, mi vida.

*Solis.* Está ya deliberado. El ha vertido mi sangre, y no es tan injusto que yo haga verter la suya.... De lo contrario, nuestra inquietud sera continua, los pe-

ligros á cada paso, y al fin esa compasion que ora le tienes seria el arma con que á pie quieto dividiera nuestro cuello. Al poco tiempo de haber dejado de existir podremos debidamente darnos el título de esposos: ese título porque tanto suspiramos.

*Ana.* Y dado caso que yo accediera á ese medio tan violento, cómo ocultar su muerte?

*Solis.* Muy fácilmente, diciendo que habia desaparecido de improviso ó salido con direccion á otra parte presentando á su tiempo cartas que anunciasen su fingido fallecimiento.

*Ana.* Trance terrible! Tiemblo cual si le estuviera ya hiriendo.

*Solis.* Qué dices por último, no te resuelves?

*Ana.* Es tan temible el delito?

*Solis.* Pero este es necesario.

*Ana.* Si tú me prometieras....

*Solis.* Mi mano la tienes hace tiempo prometida. A nadie tengo cariño sino á ti: tú eres el dueño de mi alvedrío, y si quieres que derrame mi sangre en tu presencia para satisfacerte y tranquilizarte, estoy pronto á verterla. Habla, y en cuanto de mí exigieres serás obedecida.

*Ana.* Lo cumplirás todo como ahora lo prometes?

*Solis.* Te lo juro mil veces, y no esperes que me retracte un instante de mis promesas como tú. Qué me pedirás, ángel mio, que no haga yo por tí?

*Ana.* Pues bien: no sabes el trabajo que me cuesta suscribir á lo que me acabas de proponer. Medítalo y lo comprenderás; pero no olvides que has de otorgarme lo que despues yo te pida.

*Solis.* Niégame lo que mas adoro, tu amor, consuelo mio, si no te cumplo cuanto de mí exijas.

*Ana.* Acuérdate de tu ofrecimiento que confiada en él me decido á ser cómplice del atentado atroz.... Pero de qué modo, donde... y en qué tiempo.... porque valiera mas que tú no te espusieras.

*Solis.* Pedro mejor que nadie puede darnos parte de la hora en que suele venir y de sus ocupaciones.

*Ana.* No hace mucho tiempo que tambien me indicó el mismo remedio.

*Solis.* Con qué se halla tan en tu favor?

*Ana.* Y juzgo que coadyuvará á nuestro propósito. De este modo le obligaremos á ocultar con toda cautela cuanto ha visto y le consta de nosotros. Me servirá ciegamente. Mis mandatos son leyes irrecusables para él. Odia con el mayor extremo á don Rodrigo; y si subsiste en su compañía, es por el sumo aprecio que de mí hace. Tiene para nosotros la ventaja imponderable de ser bastante interesado, y como he ofrecido premiarle, le tendremos á nuestra disposición.

*Solis.* De ese modo preveo que vamos á conseguir nuestro objeto sin que ni tú ni yo seamos los ejecutores del crimen.... Llamémosle. (*Es el anochecer.*)  
(*Doña Ana acercándose al interior.*)

*Ana.* Pedro? Estoy sobresaltada, temiendo á cada instante ser sorprendida á pesar de estar todo cerrado.

*Solis.* Estás conmigo, nada temas,

## ESCENA VI.

*Los mismos, y PEDRO con una luz.*

*Pedro.* Para serviros, don Alonso. Cuánto me alegro de veros en disposición de poder cobrar con usura de vuestro enemigo la sangre que os hizo anoche derramar.

*Solis.* Estoy informado de todo por tu señora, y sé lo mucho que te debemos.

*Ped.* (*Irónicamente.*) Me debéis mas que os figurais.

*Solis.* Y repugnarás hacernos el servicio que te pidamos?

*Ped.* Por vos y mi señora todo lo haré. Lo mas que puede suceder, que no sería poco, si me abandonais, es que descuidándonos, perezcamos todos tres á manos de don Rodrigo.

*Solis.* Yo no te abandonaré de modo alguno por lo mucho que me interesa.

*Ana.* Aunque no fuera sino por la misma razon, tampoco yo lo haría.

*Ped.* Y en qué voy á serviros? A mí nada puede sor-



prenderme. Sabe doña Ana que hasta le he propues-  
to desprenderse de don Rodrigo.

*Solis.* Cabalmente es para lo mismo.

*Ped.* Pero....

*Solis.* A qué hora debe venir?

*Ped.* Al anochecer, me dijo.

*Solis.* Lleva armas consigo? Dónde, cómo, y cuál sería  
la mejor hora de sorprenderle?

*Ped.* No sería mejor que me dierais tiempo para pen-  
sarlo?

*Solis.* Ha de ser hoy mismo, Pedro.

*Ped.* Me coge tan desprevenido.....

*Solis.* Lo que puede hacerse hoy, por ser urgente, no  
debe dejarse para mañana. Contesta á lo que te he  
preguntado. Todo el oro que posee ha de ser para ti,  
nosotros nada queremos.

*Ped.* Bien..... pues ha salido sin armas; y creo que la  
hora y lugar donde únicamente puede ser sorpren-  
dido, es cuando venga esta noche, y al abrirle la  
puerta, porque en su cuarto, que es adonde luego  
se dirige, tiene un puñal y dos pistolas.

*Solis.* No me parece mal.

*Ana.* Y dado por supuesto el buen éxito de la em-  
presa, dónde hemos de ocultar su cuerpo?

*Ped.* Dónde? En el hoyo que por su mandato acabo de  
hacer en la cueva. Allí debe ser enterrado..... Tal  
vez te tendrá abierto para los dos.....

*Solis.* Y dudabas aun de la suerte que debe sufrir?

*Ana.* No lo consiento al fin?....

*Solis.* Tienes dificultad en salirle á recibir?

*Ped.* Es una necesidad; pues no entrará en la casa sin  
que yo primero le conteste. Desde que tiene de vos  
sospechas, vive muy prevenido..... Ya lo vereis  
cuando lláme..... Voy á cerrar bien la ventana, no  
sea que pueda alguno escucharnos. (*Se entretiene en  
ella un instante.*)

*Ana.* Puesto que Pedro se brinda á acometerle, sé tú  
solamente testigo de su muerte.

*Solis.* (*Le dá un puñal.*) Toma: con este le has de  
herir.

*Ped.* Está bien afilado?

*Solis.* De ayer mismo..... Yo estaré cerca de tí por si errases el golpe.

*Ped.* No me fallará.... Tan luego como quede bien asegurado, poneos en salvo. En caso de sorpresa más vale que escapemos uno de los dos..... Yo basto para enterrarle.

*Ana.* El cielo no permita que tú seas la víctima inmolada para mi mayor desventura.

*Solis.* Recobra tu tranquilidad, y no añadas nuevos azares á tu perturbado espíritu.

*Ped.* No temais nada, señora, si esta no es la ocasion del peligro..... Yo os juro, á fé mia, que esta noche no os ha de reñir, ni menos tomar venganza.

*Rod.* (Desde á fuera.) Pedro!....

*Ana.* Ay de mí! Yo no puedo presenciario. (Vase.)

*Ped.* (A *Solis.*) Encubrios al lado de esa puerta. (*Solis se oculta á la izquierda.*)

*Solis.* Serenidad.

*Ped.* La tengo mas que vos.

*Rod.* Pedro?....

*Ped.* (Apaga la luz.) Señor, voy allá.... (Al abrir la puerta hace Pedro el ademan de herirle en el pecho.)

*Rod.* Soy muer...to... (Cae al suelo.)

*Solis.* (En el foro.) Esa última palabra es toda mi felicidad. (Se marcha por la izquierda; y Pedro retira por la derecha á don Rodrigo, que permanece inmóvil)

CAE EL TELON.



## ACTO SEGUNDO.

*Patio de una casa con cueva al costado izquierdo y una lumbrera que con ella se comunica cerca del proscenio. Una puerta á la derecha; á la izquierda la de una alucena.*

### ESCENA I.

PEDRO solo.

Mis tentativas últimas no van á ser segun cálculo infructuosas.... Desventurado, don Rodrigo, ha sido tu casamiento.... Tú has amado á tu esposa con el delirio mayor, y ella me ha dado para tí un puñal y su consentimiento. Yo le ofrecí ser fiel, yo te cumpliré mi promesa, que las desgracias semejantes interesan y ligan á los que las padecen.

### ESCENA II.

PEDRO Y DOÑA ANA.

*Ana.* Aun no ha venido don Alonso?

*Pedro.* Ya lo estais viendo: bien pronto os hubiera yo avisado.

*Ana.* Le necesito hoy mas que nunca. Ansio su presencia, y tiemblo por otra parte de encontrarne en ella.

*Pedro.* Temblar vos ante el hombre que os idolatra no habiéndole dado motivo de desconfianza....

*Ana.* Temblar, sí, porque de la contestacion que debe dar al secreto que hoy trato de revelarle, depende mi futura felicidad ó mi mayor desgracia,

*Pedro.* Si yo supiera cuál es, tal vez podría daros mi pobre opinion....

*Ana.* Cualquiera que sea el grado de confianza que pueda unir con vínculos indisolubles, eternos, á dos, tres ó mas hombres, nunca es suficiente motivo para revelarse mutuamente ciertos arcanos que deben permanecer ocultos en el fondo del corazon... Siento no poderte hacer partícipe de todos mis pensamientos; pero no por eso desconfies de mí. Es cosa de nuestros amores,

*Pedro.* No teneis para que esforzaros tanto, pues no he insistido en saberlo.

*Ana.* Con que dime, tú tambien has notado que me idolatra, es verdad?

*Pedro.* Cualquiera lo conocería.

*Ana.* Qué medio discurriríamos para obligarle á satisfacer todas mis exigencias por duras y crueles que puedan parecerle?

*Pedro.* Con exigírselo vos, hasta.

*Ana.* Y si no bastara por alguna causa muy poderosa?

*Pedro.* Yo no puedo dudar de que vuestros encantos... vuestra felicidad... tanta constancia, le rendirá forzosamente á vuestros caprichos....

*Ana.* Sí, yo lo supongo tambien del mismo modo... pero tú que conoces su carácter, su pasion y el aprecio que de mí hace, no imaginas, como otras veces, un medio de apremiarle amorosamente á complacerme en cuanto yo le pida si alguna vez se me negara?...

*Pedro.* He principiado á fomentar vuestros proyectos (que son los míos) y me creo comprometido á continuar en la misma manera.... A mí me parece que el medio de humiliarle y reducirle á vuestros fines por mucha oposicion que les demuestre, es darle á entender que tiene un rival que os solicita. Hombres hay que á tal idea, si la miran alimentada por el objeto de sus amores, desisten del aprecio de sus queridas por in-

dignacion ó por orgullo. Hay otros sin embargo, que su amor propio queda muy pospuesto á la pasion que los ciega y domina. Estos son los que se llaman enamorados, porque quieren de veras; porque propiamente se alucinan. La rivalidad suele excitar en los primeros el olvido y el desprecio: en los segundos, es siempre el mayor incentivo de su primitiva y devorante llama. A estos pertenece sin duda don Alonso: con él puede ejercitarse tal género de prueba sin peligro del mal éxito.... Además, si alguna otra ocurrencia feliz vuestra como propia del sexo á que pertenecéis puede apoyar mas fuertemente la suposicion, vuestro triunfo será tanto mas seguro.

*Ana.* En mucho aprecio tengo tus advertencias.... Ese jóven que frecuentemente visita nuestra calle y le ha hecho concebir la idea de que me ama, será el objeto de la suposicion. Yo le daré á entender que tiene indicios de nuestro comun delito y me ha sido forzoso recibirle.... Háblale tú en el mismo sentido.... (¡Y verme precisada á mentir al hombre por quien solo vivo! mentirle porque me complazca: mentirle por lo que le amo.) No quiero que me vea contigo si viniere.

*Pedro.* Sí, debeis retiraros, cerraré la puerta. (*Vase doña Ana, y Pedro cierra la puerta de su habitacion.*)

### ESCENA III.

*PEDRO (acercándose á la cueva.)*

Ya es tiempo. (*Sale don Rodrigo por la puerta de la cueva.*)

*Rod.* Querido Pedro! cuanto debo á tu esmero y buenos servicios! (*abrazándole.*)

*Pedro.* Aun trato de que sean mucho mayores. Hasta aqui han salido á mi placer mis determinaciones. Bien visteis la puntualidad y clara relacion con que os fijé la seña en la ventana para que la leyerais.

*Rod.* Tú tambien has visto mi exactitud en cumplir al pie de la letra con cuanto en ella me decias. Y cree firmemente que lo estraño. Quién me dijera que

toda la firmeza de mi carácter: toda la indignacion de que es susceptible un hombre vendido, mandado asesinar por su malvada esposa habia de ser reprimida en el instante mismo de ver á mis dos capitales enemigos dentro de mi casa y no lejos de mi lecho? Cómo he podido tolerar aquella alegría feroz del adúltero don Alonso cuando me creyó mortal?

*Pedro.* Lo habeis sobrellevado todo en fuerza de mis ruegos, y es preciso que padezcáis algun tiempo mas para que al fin quedeis tranquilo.... No cesaré de repetir os el grande interés que me anima de proporcionaros la venganza; pero una venganza cumplida: venganza tanto mas gustosa quanto podrá verificarse en medio de sus placeres.... Pero ceded á mis insinuaciones y no trateis de malograr una empresa que se declarará en favor nuestro si los medios que para ello interpongamos llevan el sello de la circunspeccion. No sentireis, decidme, que por efecto de atolondramiento ó dando algun otro paso indiscreto se destruyan tan floridas esperanzas? Os hallais en el caso de renunciar á veros completamente vengado y con la justificacion que os ha distinguido siempre?

*Rod.* Que si lo deseo, me preguntas? Mientras no fui testigo ocular de sus depravados designios, apenas te creía, Pedro: llegué á dudar de tus revelaciones. La amaba tanto!... Pero despues que he sido condenado por ella en mi propia casa á una muerte alevosa y que mi existencia la debo á tu honrosa fidelidad, seria posible que no ansiara el esterminio de ambos para vindicarme de tamaña injuria y escarmiento de sus semejantes? Qué te hizo tú esposo, muger desnaturalizada, para que tan cruelmente lacerases su corazon? Mientras él añhelando agradarte, solo aspiraba adivinar tus gustos, alimentabas tu el fuego de tu criminal pasion, y para colmo de tu iniquidad le arrojaste propicia al descanso de la tumba.... Y sabes, tú, Pedro, si podré soportar por mas tiempo la vista de mis asesinos, escuchar acaso sus ternezas ó ser testigo de mayor afrenta?

*Ped.* Os juro por lo mas sagrado, que doña Ana aspirará á conseguir la mano de don Alonso; pero tam-



bien es cierto que no ha manchado su decoro ni vuestro verdugo lo ha solicitado. Yo lo presencio todo sin ser de ellos descubierto. Descansad en mi celo, y confíaos á mí como hasta aqui. La carrera del delito los ha enlazado para siempre..... Cuantos obstáculos se opongan á la realizacion de sus deseos, de esa vida placentera, llena de ilusion y goces que en la ceguedad de su imaginacion agita su sensibilidad presentándoles el cuadro de la felicidad, han de procurar superarlos, ó para su mayor triunfo, si es posible, destruirlos. No dudeis, don Rodrigo, que cuanto mas tarde se les enfrene, mas próximos estarán ellos á su ruina, que caminan á su perdicion. Cuando sin escrúpulo de temor ni persecucion puedan libremente publicar sus amores y vuestro fallecimiento sin los azares y fatigas que ahora los molestan y desatinan, se entregarán cándidamente en nuestras manos. Entonces les será mas doloroso su sufrimiento, ya porque despues de haber vencido, ó creído vencer todas las dificultades que se oponen á su venturosa union, no les faltaría sino verificarla y coger el fruto de sus ansias y desvelos, como por no haber opuesto resistencia á nuestros bien meditados planes, y hallarlos en el reposo de su soñada gloria. Ademas, cuanto mas tiempo transcurra en ignorar este pueblo vuestra existencia, mayor será luego su sorpresa; y si lográmos el fin que nos proponemos, vuestra vindicacion será mas facil. Y quién sabe si en el tiempo que debemos observarlos, acaso su confianza y nuestra astucia podrá sugerirnos el medio de vuestra salvacion, aun cuando públicamente fueran inmolidos?.... Es preciso, don Rodrigo, que tolereis por algun tiempo vuestra ocultacion. Si de dia no fuese fácil hablaros, yo consagraré toda la noche á vuestra conversacion y compañía.

*Rod.* No resistiré hacer [un sacrificio tan pequeño cuando ha de reportarme el fruto deseado. A trueque de verme vengado, sofocar debo el impetu de mis pasiones..... Tú me dictarás el sistema que debo seguir.

*Ped.* Don Alonso debe venir de un momento á otro

y será bueno que con tiempo os ocultéis.... Os he dejado entornada la puerla de la lumbrera para lo que pudiera ocurrir, pues la de la cueva se halla comunmente cerrada.... Don Alonso viene. (*Don Rodrigo entra precipitadamente en la cueva, y Pedro cierra.*)

ESCENA IV.

PEDRO Y DON ALONSO.

*Solis.* Dónde se halla tu señora?

*Ped.* En su habitacion. Hace poco que aquí estuvo conmigo esperándoos, y me encargó la llamase si veniais.

*Solis.* Ha dormido bien?

*Ped.* Ni un cuarto de hora.

*Solis.* Pues cómo? qué ha tenido?

*Ped.* Y vos lo preguntais! Pues haber autorizado una sentencia de muerte, y nada menos que de su marido, os parece que no le producirá remordimiento?

*Solis.* Pues, hombre, cavalmente era el suceso que ha debido solemnizar como la fiesta mas completa. Yo tampoco he dormido mucho, pero es porque me ha interrumpido el sueño el placer de tal recuerdo.

*Ped.* Ya veis, la debilidad de una señora no puede nunca igualarse á nuestra entereza y energía.

*Solis.* Pues á mi presencia no mostró tanto sentimiento.

*Ped.* Despues de hechas las cosas es cuando suelen mas sentirse....

*Solis.* Dime, está bien enterrado?

*Ped.* Si alguna vez se presenta la ocasion de ver en la sepultura que se halla, notareis que soy el único para estos casos. Las cosas han de hacerse bien hechas: de otro modo, mas vale no intentarlas.

*Solis.* Dices bien.... Tuviste un acierto singular en herirle de muerte á pesar de estar á oscuras....

*Ped.* Pues nadie le distinguiría la herida al no hacerle observar lo delicado del sitio en que la debió recibir.

*Solis.* Desempeñaste bien tu cometido.

*Ped.* Procuré cumplir exactamente con lo que acababa



de prometer, como que en el buen desempeño de la comision fue nada menos que su vida: en vez de que si la empresa sale mal, como tambien podria suceder, se interesaria la vuestra y la de doña Ana.

*Solis.* Pues hay algun indicio de su muerte?

*Ped.* No digo yo tanto: es manifestaros que la mayor parte de los sucesos de la vida suelen tener un desenlace que no se espera.

*Solis.* Tú, Pedro, peligrarias mas que nadie.... Pero no me presentes la perspectiva de la intranquilidad, como si hubiera de perseguirnos para siempre. El lance ha sido bien egecutado, y nada tenemos que temer.

*Ped.* Puedo deciros que hasta ahora ha salido todo á mi gusto.... Decís bien, desechad temores vanos, y curémosnos solo de lo venidero.

*Solis.* No he conocido nunca el temor ni el miedo: por consiguiente no estoy en el caso de desecharlo....

*Ped.* No habeis mostrado nunca temor ni miedo.... Me querreis decir de qué os proviene esa cicatriz que teneis en la frente?....

*Solis.* (Si sabrá de qué procede.) De una caída que me dí en Madrid siendo niño.

*Ped.* Y no desalentó vuestro valor al recibirla?....

*Solis.* Era tan pequeño, que yo entonces no le conocia.

*Ped.* No intenteis negarme lo que yo sé: que esa señal os la causó un golpe de espada cuando erais tan hombre como sois ahora.

*Solis.* Es verdad! en un lance amoroso la recibí. Tambien fue la única vez en que esperimenté miedo. Yo he debido negarlo hasta ver si lo sabias, mas permanecer negativo despues que me arguyes con la verdad, sería una falta de discreccion que á nada conduce. Pero te ruego me digas cómo una escena que solo pasó entre tres la sabes tan prolijamente.

*Ped.* Tambien me consta que esos tres fueron la jóven víctima de vuestro proceder, su padre vuestro rival y vos.

*Solis.* En mayor confusion me pones. Revélame si lo viste, quién eres ó cómo lo sabes.

*Ped.* No me creáis ningun espíritu maligno: sosegaos,

— ¡No pudiera yo ser aquel hombre que os trató de detener cerca de la puerta de su casa cuando ibais huyendo ensangrentado?...

*Solis.* Acaba de una vez, hombre, para sacarme de tantas dudas.... Es verdad, el sereno fue el único que en el silencio de la noche me vió y pudo detenerme si no hubiera llevado mas miedo que yo. Mil conjeturas me has hecho formar con el misterio de tus preguntas; pues hasta dá la casualidad que no conozco á mi perseguidor.... Traía en la memoria una pregunta que hacerte, y con la relacion de la ocurrencia que nos ha ocupado, se me iba olvidando.... Sabes, tú, quién es un hombre que hace algunos dias ronda esta calle á todas horas?

*Ped.* Algunas veces le he visto....

*Solis.* Y no pudieras mañosamente indagar el objeto de sus continuas visitas?

*Ped.* Si me prometierais no descubrirme, podria decir los antecedentes que tengo de él.

*Solis.* A quién temes que te descubra?

*Ped.* A mi señora.

*Solis.* Desde ahora te ofrezco guardar un profundo silencio.

*Ped.* Pues ese jóven ya ha entrado en casa.

*Solis.* Quién lo ha mandado ó se lo ha permitido?

*Ped.* Os contaré lo que hay en el particular. Hará cuatro ó cinco dias que habiéndome encontrado en la puerta de la calle, me manifestó la necesidad que tenía de hablar un instante con doña Ana para comunicarle un asunto de mucho interés. Yo le opuse toda la resistencia que debia, con el ánimo de ver si me franqueaba el secreto, para juzgar segun su entidad de si debería dar oidos á su pretension; pero cuando por segunda vez me dijo que solamente á doña Ana, y sin testigo debia comunicárselo, temeroso de que por mi indocilidad pudiera venirle algun daño le prometí dar parte á mi señora de lo que solicitaba.

*Solis.* Y la ha hablado por fin?

*Ped.* Hoy mismo.

*Solis.* Y no has podido averiguar el resultado de su

-entrevista?

*Ped.* Nadie me ha hablado.

*Solis.* Ni presumes á lo que haya venido?

*Ped.* Por alguna otra palabra que he oido de su boca, el negocio interesante era de los mas triviales y comunes.

*Solis.* Alguna visita quizá?

*Ped.* Amorosa.... oile decir que la amaba entrañablemente y anhelaba ser correspondido con igual delirio.

*Solis.* Y escuchaba tranquila Doña Ana la historia de sus deseos? No me encubras nada, Pedro, declárame la verdad.

*Ped.* Pues sabed que le ha emplazado para dentro de algunos días.

*Solis.* (Seria capaz de venderme!) No: tú has tergiversado sin duda sus espresiones.... Juzgas posible que esa muger se separe de mí?

*Ped.* Por lo mismo estoy mas maravillado.

*Solis.* Ve á llamarla que tenemos precision de hablar.  
(*Vase Pedro.*)

## ESCENA V.

DON ALONSO *solo.*

Cómo la muger á quien la suerte me ha destinado como eterna compañera de venganza y crimen habia de haber borrado tan pronto de su corazon aquel poder oculto, irresistible que á mí la obligó á unirse tan estrechamente? Si fuera capaz de abandonarme yo moriria de la desesperacion.

## ESCENA VI.

DON ALONSO y DOÑA ANA.

*Ana.* Querido Solís! tu presencia me es ahora mas necesaria que nunca. Frecuentemente intranquila y sobresaltada no estando á tu lado, la impresion mas leve me acongoja é intimida.

*Solis.* Son los primeros dias que suceden á la determi-

nacion tomada , y no es extraño que como muger alguna vez te afectes. Tú te olvidarás de la tristeza del suceso, y cuando en adelante lo recuerdes, será para tu alegría: será para contemplar la distancia que hay de la desgracia estrema al colmo de la felicidad.

*Ana.* Llegará por ventura ese dia ?

*Solis.* Puedes dudarlo, hermosa mia ? Hasta el presente todo el pueblo ignora la desgracia que por él se ha de divulgar á su tiempo. Tu buena reputacion es la misma. Mi conducta y fama no merecen tacha. No hay vislumbre siquiera de que podamos ser descubiertos, pues qué tememos , ni qué triste presentimiento es el que parece te asalta ? No vas á ser muy pronto mi esposa ?

*Ana.* Aun falta mucho, querido mio.

*Solis.* Has variado acaso de sentir ? No me reconoces ya como el único consuelo dictado á tus infortunios ?

*Ana.* Hoy mas que nunca te deseo, y por eso mas que nunca tiemblo.

*Solis.* Tú no puedes tener misterios conmigo. Abre-me tu pecho , espílicate , y no des con tu tardanza pábulo á mi sentimiento. Puedo ser algo sin tí ? Por qué, dime, falta tanto para que seamos felices ?

*Ana.* Porque escollos easi inaccesibles nos separan aun.

*Solis.* Los puedo yo superar ?

*Ana.* De tí pende, y aun me tienes ofrecido vencerlos. Pero tu promesa no sabe todavía los que son. Tú te obligaste á derramar por mí tu sangre si necesario fuese.

*Solis.* Y si en ello consiste la verás al punto derramada.

*Ana.* Sacrificios hay mucho mayores, y quizá el mas grande tengo que demandarte y ha de ser cumplido antes para ser yo tu esposa.

*Solis.* Y cuál puede ser ese ?

*Ana.* El mas considerable en la tierra.

*Solis.* Exígemelo pronto que me arguye la impaciencia de darte gusto.

*Ana.* No pienses que por largo tiempo no he permanecido vacilante en decidirme. Unas veces la compasion debilitaba la fuerza del cariño que te tengo presentando ante mis ojos la imágen de la inocencia :

siempre confiada é indefensa: el exceso del amor otras turbaba mis sentidos y sin considerar en la suerte de los demas, ensordeciendo mi razon á los gritos de la naturaleza maquinaba en los medios, que aunque injustos y atroces facilitan mi designio. Cuantas veces en calma he pretendido alejar de mí toda medida que fuese violenta y pudiera afectar la existencia de mis semejantes! Mas todo fué en vano. Qué he determinado al fin? Abrazar el último partido: elegir lo mas penoso para tí: ponerte en dolorosa tortura para ser yo complacida... Pero, ay, Solís, que de otro modo tus esperanzas no pueden cumplirse. He batallado, sí, por desechar de mi corazon tan cruel exigencia, pero mi corazon me ha vencido.

*Solis.* Acaba por piedad y no fatigues mi conmovido espíritu con predicciones que no pueden cumplirse. He podido prometerte mas que ser autómata de tu voluntad? No desgarras mi pecho con dilaciones de padecimiento.

*Ana.* Aguarda un instante, bien mio. Quiero prevenir tu ánimo con recuerdos que te serán muy gratos y me servirán de título para que no me aborrezcas.

*Solis.* Aborrecerte yo! tú deliras.

*Ana.* Mucho antes de verme postergada á la muger á quien diste el dulce título de esposa, bien sabes lo que te amaba...

*Solis.* Harto me arrepentí de haberme casado....

*Ana.* Aquel desengaño fatal ni los prósperos anuncios que vaticinaron á mi casamiento, fueron bastante motivo para entibiar mi amor.... Yo fui el único anhelo de don Rodrigo, tú lo sabes. De mi boca pendian sus acciones todas: mi voluntad era la suya: mis caprichos ley: su afan era agradarme siempre: sus riquezas eran mías: la tristeza que á veces se apoderaba de mi corazon agudo sentimiento le causaba: era el hombre en fin, destinado á ser mi esclavo... Y á qué le fui yo destinada por no perder tu amor?... A ser su verdugo. Sí, conspiré á su destruccion, y permití que su amante y generoso corazon, inerte, sin culpa y desprevenido, fuera travesado en su propia casa por un



puñal alevoso... puñal que yo compré con el oro que le adquirieran sus afanes... Relajé cruelmente los vínculos de mi deber y juramentos para ser solo tuya sin que mi sombra de rivalidad pudiera turbar jamás la posesion de tu cariño. Pues bien , yo te quiero para mí sola del mismo modo y no puedo permitir por mas tiempo que con nadie compartas el tuyo. Obligado estás á igual correspondencia. Si asi no lo hicieres , no cuentes en adelante conmigo.... Este era, Solís , el arcano terrible que tenia que descubrirte y tanto he tardado en revelarte. Trance apurado y angustioso será , yo lo confieso , pero como en otra ocasion tú me dijiste , es necesario. En vano intentarás reconvenirme con el deber que ya hemos infringido.... Preveo que tus palabras van á ser de blandura y conmisericion; yo no las escucho, y me atenderé solamente al resultado.... Qué , aun no me has comprendido? Te has olvidado de que tienes dos hijos de mi rival y tu muger difunta?

*Solís* (Con sorpresa suma.) Qué horror!

*Ana.* Es esa la constancia de tus propósitos? Tú me echabas en cara mi debilidad no hace mucho tiempo; por dónde se ha desvanecido la impaciencia que te aquejaba de derramar por mí tu sangre? Cuando el peligro no amenaza , las promesas son vehementes y atrevidas: cuando de cerca se toca , acude el temor de la razon á condenarlas.

*Solís.* Y he de ser , Ana , tan perverso , é inhumano que llegue á ejercer el rapto de mayor cólera en quien no puede injuriar? Qué daño , dime , te causan mis inocentes hijos para ser sacrificados?

*Ana.* Esa pasion con que los nombras , es la que mas me atormenta.

*Solís.* Ten , ay! piedad de sus candor de niños.

*Ana.* No es la piedad , no , la causa que á suplicar te instiga; es el amor que tienes al fruto de la muger que has perdido , recuerdo con que no puedo transigir.

*Solís.* Por qué me has puesto en tal estado de amargura?

*Ana.* En vano he procurado evitarlo... Mas de qué

me ha servido darte la última y mas costosa muestra de mi amor, si has de repartir tus caricias entre objetos de perpétua execracion para mí?... Tú has querido verme apurar la copa del veneno para gozarte tranquilo en mi desesperacion. Tú me has hecho atentar contra la mitad de quien debiera ser mi vida, para que la eche de menos cuando no tenga remedio.... En el momento mismo de buscarte me abandonas, pues no dudas que el arrepentimiento de lo pasado igualará á mi virtud futura.... (*Llorando.*)

Vive, vive al lado de esos hijos que otra muger mas feliz tuvo de tí: redobla en ellos tu cariño, ya que de mí te ves libre. Olvida lo que yo hice para merecerte, y llora como yo el horrendo crimen de que fuiste el primer cómplice. Te niegas á lo que pedí, habiéndote ya obedecido, y yo renuncio tambien á tu decantado cariño. Ayúdame á lamentar mis males pues que tú los causaste, y déjame pertenecer á quien libre de crímenes me ha solicitado....

*Solis.* Ana! Tú lloras! Y por mi causa! No: tú no te separarás de mí nunca. Llega, ven á mis brazos; será cumplida tu voluntad. Tales hijos deben ser extraños para mí. Un enlace que no habia ambicionado de corazon me los ha proporcionado.... (*Deshacerme de ellos.... sí, es un crimen grande; pero en otros lo repugnaría mas, y ó he de perdér á Ana por quien solo vivo, ó no puedo prescindir de hacerlo.*)

*Ana.* Has reconocido al fin lo mucho que me debes?

*Solis.* Y me hace arrastrar todas las consideraciones de la vida. A tí sola debo agradar. Quién hubiera pasado por mí tantos desvelos ni sufriera el continuo pesar de tus remordimientos?... Mas dime, quién es ese nuevo rival que en la exaltacion de tu pesar me acabas de mentar? Has podido dar oidos á otro hombre que no fuera tu Solís? Todo lo sé. Hoy ha conversado contigo y te ha prodigado mil ternezas; por qué, dí, me lo ocultas?

*Ana.* Niuguna reserva guardo para tí: quiero hacerte partícipe de la amenaza con que me ha intimidado si no me nuestro propicia á lo que de mí solicita, que es lo mismo que tanto anhelamos.

*Solis.* Y escuchaste sus lisonjas?

*Ana.* Las escuché, es verdad, porque bastante me dió á entender que no ignoraba la suerte de don Rodrigo; por eso no le despedí. La importunidad de sus paseos por esta calle, la audacia quizá de haber entrado aquella noche detrás de mi esposo, algun descuido nuestro ó sospecha que tengo del suceso por otra causa, le autoriza sin duda para suponerlo.

*Solis.* Ciertamente; porque Pedro no ha de haberse condenado á sí mismo... Ese hombre nos puede perjudicar mucho y antes es nuestra vida que la suya.

*Ana.* Perdona si en mi acaloramiento he podido injuriarte con preferir su amor al tuyo. El amor excesivo que mostrabas tener á tus hijos, me ha impedido á ello.... Es verdad que cumplirás lo que me has prometido?

*Solis.* Lo cumpliré. Pondré luego asechanzas á la vida de mi competidor para extinguir de raiz la pasión que por tí siente, y quiero que antes de casarnos nos aseguremos nuestra constancia eterna, autorizándonos recíprocamente con el arma de nuestros crímenes para podernos descubrir caso de quebrantar nuestro juramento.

*Ana.* De qué medio nos valdremos?

*Solis.* Tú llevas constantemente en el pecho mi retrato como yo el tuyo. En medio de los dos cristales que el marco tiene, pondremos la muerte de mis hijos causada por mí y asegurada con mi firma: el asesinato de don Rodrigo motivado por tu influencia. Te resuelves á ello?

*Ana.* Estoy decidida.

*Solis.* Así el temor de la indignación de cualquiera de los dos nos retraerá de abandonarnos. (*Suena un golpe dentro de la cueva.*) Habrá aquí alguna persona escondida? (*Llama á Pedro*) Es preciso bajar para registrarla.



## ESCENA VII.

*Los mismos, y PEDRO con luz.*

**Solis.** Permanece en esta puerta hasta que salgamos  
(*Abre Solis la puerta de la cueva y entra.*)

**Ana.** Yo no me determino á pasar de las primeras  
escaleras. (*Se oculta tambien. Pedro se dirige á la  
puerta de la lumbrera y llama á don Rodrigo dán-  
dole la mano para que salga.*)

## ESCENA VIII.

PEDRO Y D. RODRIGO.

**Ped.** No teneis donde ocultaros, todo está cerrado.

**Rod.** Para qué estar encubierto por mas tiempo? Sea  
esta la ocasion de la venganza.

**Ped.** Es la peor que podiais elegir..... Ya salen, ocul-  
taos detrás del pozo..... Corred. (*Don Rodrigo se  
oculta por la derecha. Sale doña Ana.*)

## ESCENA IX.

DOÑA ANA Y PEDRO.

**Ana.** Era una tabla que se habia caido al suelo lo  
que ha causado nuestro sobresalto.

**Ped.** Hablando estaba yo con los niños de don Alonso  
que acaban de llegar, y aun desde allí he percibido  
el ruido.

**Ana.** Han venido, dices?

**Ped.** Sí señora.

**Ana.** Ven conmigo, que tengo que ocuparte en hacer  
un recado interesante. (Asi le haré salir de casa).  
(*Se marchan los dos por la izquierda.*)

## ESCENA XI

SOLÍS, *que sale de la cueva, y se coloca despacio en medio del foro.*

Ya comprendo, Ana, para lo que ha sido tu ausencia... Tu amor me iba á arrastrar al mayor de los delitos. Y es fuerza que yo haya de asesinar-me! Asesinar-me, sí, que mis hijos son mi sangre: mas en ellos hierve pura, la mia está corrompida.... Y he podido empeñar mi palabra para tamaño crimen? Y he prometido la destruccion de lo que tantos afanes, tantos años de cevelo y fatiga me ha costado? Podré yo ver el fruto de mis delicias y inermé, ensangrentado, luchar con la muerte á que una pasion criminal me impele á cometer?... No, hijos míos. Yo no pude obligarme á romper los vínculos de la naturaleza: mi promesa es monstruosa; fue arrancada por los encantos de una muger seductora. Vivireis, sí, vivireis siempre á mi lado para servirme de consuelo: detesto, Ana, el camino que me trazaste para conseguirme, y aun debo aborrecerte.... Aborrecerla!! Maldigo mil veces mi existencia porque no puede dejar de amarla ciegame-.... Yo débil mortal no puedo sofocar las inclinaciones de mi corazón, porque es el árbitro de la voluntad del hombre. Culpo al cielo que no me ha dotado de un poder independiente y de pasion exento para combatir mis defectos. Turbada mi razon, la miro sometida al influjo secreto, irresistible de mi amor.... Ana! Y seré olvidado por ella si no cumplo lo que le ofrecí... y la veré enlazada al cariño de otro hombre... y me reconvenirá otra vez de haberla precipitado.... Dirá que la abandono á su desgracia... á sus remordimientos.... No, voy á darte la última prueba de mi cariño. (*Entra precipitadamente por la puerta de la izquierda, sale con sus dos hijos de la mano, y atravesando el foro se dirige á la derecha, donde se detiene un instante.*) No me abandoneis, Dios mio!

Ana. (*Desde adentro*). O su muerte, ó mi mano.

*Solís.* Ya está elegido. (*Se oculta con ellos por la derecha, y al punto suenan dos golpes en el agua como de un cuerpo que cae.*)

*Rod.* (*Desde adentro en voz alta.*) Parricida!

*Solís.* Qué oigo! La voz de don Rodrigo! Dejadme!... (*Amedrentado y lleno de espanto busca en el foro por donde huir, y al tropezar con la alacena de la izquierda se abre de repente dejando ver dentro de ella un retrato de muger*). Mi esposa! perdon!... piedad!..... (*Cae al suelo.*)

FIN DEL SEGUNDO ACTO.



1870

... ..  
... ..  
... ..  
... ..  
... ..  
... ..  
... ..

... ..





## ACTO TERCERO.



*Decoracion de sala ricamente amueblada con una nueva puerta al frente, y á su derecha la de una capilla.*

### ESCENA I.

D. RODRIGO Y PEDRO.

*Ped.* Ya no se acuerda nadie de vuestra muerte, y segun tengo entendido parece que hoy mismo tratan de casarse de secreto. Para el efecto han enviado á José á casa del cura párroco que ha de efectuar la ceremonia en vuestra capilla. Los dos testigos que han de presenciar el acto, uno será el alcalde mayor, que es amigo íntimo de don Alonso, y el otro para mayor sigilo quieren que yo lo sea... Disponeos, don Rodrigo, á realizar vuestras esperanzas, que hoy es el dia de la vindicacion, y ya he discurrido el instante en que habeis de verificarla.... Aun sin esto, don Alonso debe hallarse muy acosado de remordimientos cuando tan pálido y desencajado le he encontrado en su casa esta mañana.

*Rod.* Yo no pude traslucir la causa de aquel desmayo, mortal al parecer, que tuvo no hace mucho tiempo en el patio de esta casa, ya por hallarme imposibilitado de averiguarlo en aquel momento, cuanto por no ser descubierto. Tú debes saberla sin duda, pues

eres su confidente. Aquellas fervientes exclamaciones de piedad que salieron de su boca trémula y como agonizante debieron ser producidas por alguna influencia irresistible de que nadie sino tú podrá orientarme.

*Ped.* A su tiempo escuchareis de mi boca la causa de ese terror espantoso, pues no tardará mucho en llegar.

*Rod.* Si supieras tú el veneno que encubre la perversidad de su alma....No hay tigre por fiero que sea comparable con la crueldad de que ese monstruo es susceptible.

*Ped.* Ha añadido mas crímenes á su carrera?

*Rod.* Horror, Pedro, me causa el recordarlo. Esa pasión criminal que tanta acogida encuentra en el ulcerado pecho de mi adúltera esposa, el mágico influjo que sus atroces sugestiones ejercen en la ofuscada razón del desnaturalizado Solís, todo le ha precipitado.... admírate y tiembla, á lanzar inhumanamente á la profundidad de aquel pozo á sus dos tiernos inocentes hijos.

*Ped.* Oh, atrocidad inaudita!

*Rod.* Sí, yo presencié su desesperación y vilo contrastar con las súplicas y lamentos de la inocencia atribulada.... sus acentos hubieran conmovido á las rocas.

*Ped.* Vos fuisteis tan tirano como él. Qué hicisteis en trance tan peligroso para evitar su ruina?

*Rod.* No despedaces mi corazón con reconvenciones que no merezco. Oculto en aquel mismo sitio, mi vista no descubria los objetos en que iba á ejercitar su saña, hasta que al levantar mis ojos hácia el asesino, avisado por el ruido sordo que hizo un cuerpo en el seno de aquellas aguas, vile desprender de entre sus brazos el que debiera ser mas dulce y adorado fruto de sus amores. Entonces me incorporé de repente llamándole parricida. El huyó despavorido llevando en pos de sí la sombra de sus víctimas, hasta que de allí á poco, ó su remordimiento mismo, ú otro nuevo y fatal encuentro que no llegué á comprender; turbó del todo sus sentidos y cayó exánime al pie de una alacena. Yo permanecí en aquella tumba inesperada



invocando la piedad del ser supremo y benéfico; el cielo acogió benignamente mis fervientes oraciones.

*Ped.* Y pudisteis tolerar la vista de un espectáculo de tan bárbara iniquidad, sin que os moviera en aquel instante la sed devoradora de vuestra venganza propia y la vindicación de la injuria ajená? Por qué no perseguisteis al malvado hasta haberle dado el premio de tanta atrocidad?

*Rod.* Porque tú te encargaste de proporcionarme ese placer y me interesaba entonces mas la salvacion de la inocencia que la persecucion del criminal; porque aquella luchaba con la muerte; este quiere dar principio á su felicidad: la primera ofrecia la duda de si viviria, y era preciso arrostrar todo peligro para que no pereciera; este está seguro.

*Ped.* Y los salvasteis por ventura?

*Rod.* Y estan en mi poder.

*Ped.* Volveis á mi espíritu la tranquilidad perdida.

*Rod.* No puedes figurarte la ligereza con que me descolgué por el cordel del pozo. Su ancha cavidad fue la causa de que no se estrellasen contra sus paredes. Encima del agua estaban aun cuando bajé, sostenidos sin duda por la popa de sus vestidos, y desde la inmensa covacha que está casi á su nivel pude libremente y sin ayuda ponerlos en salvo.

*Ped.* No los espongais á la furia infernal de su asesino padre.

*Rod.* Mal conoces el interes que me inspira la inocencia. Me deben la vida y quiero que me reconozcan como á verdadero padre.

*Ped.* Muy de cerca toco ya la ruina de vuestros encarnizados enemigos; de aquellos que tanto os injuriaron. Ya me parece verlos ensangrentados rogandoos despavoridos el perdon á vuestras plantas.

*Rod.* Y no lo conseguirán, que me gozaré en su mortal agonía. Sobrado tiempo tuvieron en que con el arrepentimiento pudieran haber lavado su mancha. Tú sabes que jamás lo procuraron: un crimen los condujo á otro mayor, y otros mil cometerian para conseguir sus depravados fines. La piedad desapareció de mi pecho para ellos. Con la misma sangre fria que

creyeron ambos haber oído las últimas palabras de mi existencia, escucharé gozoso sus postreros lamentos.

*Ped.* Y si se arrepintieran aun; si poniendo ante sus ojos la imagen aterradora de sus horrendos crímenes ignorando que vivis abjuraran para siempre del perfido conato que por tanto tiempo los ha fascinado pudierais como caballero que sois embotar vuestro puñal en un cuerpo que no opone resistencia?

*Rod.* Bien seguro puedes estar de que llevarán adelante su propósito. Y aunque así no fuese, el proceder altamente villano de un alevoso, de un adúltero, de un parricida, no está comprendido en las leyes ni merecedas consideraciones de la caballería.

*Ped.* No esperaba de vos sino toda esa firmeza. Sin embargo de todo exploraré sus intenciones para saber si algún rasgo de virtud abriga su corazón.... Es tiempo de que os ocultéis en la capilla para cuando os necesite.... Gente viene, encubrid pronto que brevemente iré á buscaros.

*(Don Rodrigo entra en la capilla y Pedro se marcha por la derecha.)*

## ESCENA II.

DOÑA ANA Y SOLÍS *por la izquierda.*

*Ana.* Siéntate, esposo mío, y véate por Dios mas complacido.

*Solís.* Aun resuenan en mi oído las voces desentonadas y terribles de parricida, parricida...! La vista de D. Rodrigo la miro alzarse airada: me imagino que todavía me persigue y todo tiemblo de espanto. Quiero olvidar su faz aterradora y miro en torno mío suplicar á mi hijo que no le arroje al profundo como á su hermano.... Batallo sin cesar con tales recuerdos. Huyo al fin de mi verdugo, y cuando juzgo haberme libertado de mis víctimas, la imagen de mi esposa me asalta de nuevo, interrumpe mi camino y con brazos de hierro me constriñe: me abate contra la tierra, y sus pies de hielo huellan y despedazan mi pecho.

**Ana.** Vuelve Solís en tí.

**Solís.** (*Arrodillándose.*) No mas... no mas, esposa mia. Yo consagraré á tu memoria los días que me restan de vivir.

**Ana.** Querido mio, despierta de tu delirio.

**Solís.** (*Incorporándose*) Qué?... qué quieres?

**Ana.** Que no desvaries mas: que no me acongojes con tus manías y contemples que [me tienes á tu lado, y viviremos siempre unidos. Dentro de muy [pocos instantes podré llamarte mi esposo con mas razon que hasta aquí... Qué tienes, dime, en tu rostro que con tan alhagüeña esperanza no luce en él la alegría?

No me contestas?

**Solís.** Tengo un pesar... un temor...

**Ana.** Deséchalo por mi vida. Sí, nadie te persigue: me tienes siempre en tu compañía.

**Solís.** Es verdad. Y quién me ha perseguido?

**Ana.** Nadie; pero tus delirios te lo han hecho creer. Bien sabes que registramos el lugar que señalaste como causa de tu sorpresa y nada se encontró en él. Pedro ha recorrido además toda la casa y dice lo mismo... Es vergonzoso que así te dejes llevar de tus ilusiones.

**Solís.** Tienes razon. Yo he perdido el juicio ó ha sido un sueño cuanto me ha pasado. Es posible que aquí se encubriera alguno?... Por dónde habia de salir, y haber entrado...? Perdóname, Ana, si por algun tiempo has faltado de mi memoria... A pesar de la mas inalterable serenidad los crímenes remuerden frecuente y tiránicamente. Los hemos cometido, y ellos son de mucha trascendencia. Qué tiene de extraño que alguna vez nos importunen?

**Ana.** Es preciso rechazar su memoria de la nuestra si no hemos de ser infelices.

**Solís.** Olvidémoslo todo, sí... Cuán hermosa te encuentro hoy, y qué placer experimento al contemplar la felicidad de nuestra union! Ya no hay obstáculos para nuestro enlace.

**Ana.** El ansia de ser tuya agita sin cesar mi corazon.

Sí, hoy es el dia destinado á terminar nuestros afanes.

**Solís.** Cuándo, cuándo llega ese instante de ventura?

## ESCENA III.

*Los mismos y JOSE.*

*Jose.* Según la premura con que se disponian á venir el párroco y el alcalde mayor, no pueden tardar mucho en llegar á la capilla... Me han encargado que estéis en ella para cuando vengan. (*Váse José.*)

*Ana.* Bien, retírate. (*A Solís*) Ansiabas el momento de nuestra union venturosa, pues ya ha llegado... (*Asiéndole de la mano*) Vamos á recibir el premio de nuestra constancia. Quién puede robarnos ya este placer? (*Se dirigen á la capilla, y al llegar cerca de esta se abren sus puertas, apareciendo Pedro vestido de negro elegantemente con un lio de ropa en la mano.*)

## ESCENA IV.

*Los mismos y PEDRO.*

*Ped.* Deteneos y volved atrás! que ni podeis casaros ni yo ser testigo de vuestro casamiento.

*Solís.* Qué causa, dí, te obliga á retractarte, ni quién te ha aconsejado que vistas trage distinto del que te corresponde?

*Ped.* El hombre que nada ha prometido, no puede retractarse de ninguna obligacion; y en cuanto al trage que visto, es el mismo que corresponde á mi nombre y clase.

*Ana.* Un miserable criado atenido á su salario, no debe confundirse con los que siempre se llamaron señores.

*Ped.* Decís bien; se llamaron señores. Asi como los que fueron en realidad caballeros guiados por el interés de una pasion noble y encubiertos con el humilde título de sirvientes, no deben nunca ser testigos en los casamientos de los asesinos, adúlteros y parricidas.

*Solís.* Insensato! Quién eres tú para insultar nuestra

prosapia y proceder.

*Ped.* Quién?... El amante querido y sincero de la muger á quien vuestras torpezas y la vida amarga que la disteis devoró su existencia: el padre de la joven desprevenida á quien impiamente atropellasteis: el autor de vuestra fatal congoja con presentaros la imágen de la muger que nunca merecisteis, cuyo retrato conservaré mientras viva: el presentador en fin de las ropas de vuestros inocentes hijos. (*Tirándolas á sus pies*) sacrificados por su bárbaro padre á un amor corrompido, sacrilego y desnaturalizado.

*Solis.* Con que sois D. Alvaro de Ginesta?

*Ana.* Y puedes tolerar tales insultos del matador de don Rodrigo?

*Solis.* Tu confianza, miserable, te ha perdido. Has olvidado que habitas casa estraña? Ignoras que tengo siempre en mi mano preparado el puñal para quien intente dividirnos? (*Saca del cajon de la mesa un puñal.*) Despues de tanta traicion te has alucinado así para descubrirte y entregarte al ímpetu ciego de mi saña?

*Ped.* Sin armas he venido, porque vengo confiado en que la razon me sobra. Si sois tan valeroso, si nacisteis caballero como decís y quereis tomar venganza de esas injurias que asegurais os he causado, yo diferiré el combate, pero el triunfo deberá ser del mas valiente. Si en otra ocasion, y antes que me conocierais, esquivasteis aquel con que os reté, no espero que os porteis tan cobardemente en el segundo. Os espero donde gustéis, dejadme ora salir.

*Ana.* Yo te ruego, Solís, no lo consentas.

*Solis.* Con qué objeto has secundado nuestros planes y encubierto tan misteriosamente la alta gerarquía de que blasonas? Para precipitarnos y despues vendernos?... No: has de morir aquí mismo, y he de gozarme antes en tu desesperacion.

*Pedro (Irónicamente).* Y tendreis valor para matarme desprevenido, indefenso? Mirad que os engañais en creer que yo soy tan criminal.

*Solis.* Y para que mas lo sientas, no has de morir



aceleradamente.

*Ped.* Y no tendreis ni una sola vez compasion de quien os implore piedad?

*Solis.* La has tenido tú acaso para despedazar mi pecho con presentar á mi memoria la série de mis delitos?

*Ana.* En el momento mismo de darle libertad, seríamos por él delatados.

*Ped.* Infelices! Temblad entrambos, que yo tambien tengo quien me vengue. El cielo es justo en sus tremendos fallos y jamás abandona la inocencia. Reflexionad que don Rodrigo, vuestro esposo, condenado por los dos á muerte segura en su propia casa, arma airado su brazo contra vosotros. Figuraos la imágen de vuestros tiernos hijos, vivos aun, renégando de su padre y siendo acariciados por vuestros enemigos.

*Solis.* Ni me conduce ya tu desgracia, ni tus vaticinios me amedrentan.

*Ana.* El tiempo vuela, Solís, y pueden venir á buscarnos.

*Solis.* Disponte á morir, que breves instantes te quedan de vida.

*Ped.* Y si yo no muriese, no es verdad que pudiera tambien veros tranquilamente perecer?

*Solis.* Dime, desgraciado, cuánto dieras tú por hallarte en mi lugar?

*Ped.* Lo que soy daria por no correr la suerte que os amenaza.

*Ana.* Este será, Solís, el último delito. Qué te detiene?

*Solis (Preparando el puñal.)* Contéstame por la última vez. Qué debe hacer el hombre que por haber cometido crímenes de consideracion no puede esperar sino la muerte en suplicio afrentoso en el instante mismo de ser descubierto, cuando consigue tener dentro de su cerrada casa, en su poder, y bajo su puñal al único delator que pudiera venderle y afrentarle? Qué debe hacer con su enemigo? (*Sale don Rodrigo repentinamente de la capilla con los hijos de Solís de la mano.*)



## ESCENA V.

*Los mismos y RODRIGO.*

*Rodrigo.* Asesínarle. (Le hiere con un puñal por detrás. *Solis* se retira al sofá.)

*Ana.* (Sorprendida.) Mi esposo!

*Solis.* ¡Tú habías de ser, Rodrigo!

*Rod.* Tus hijos quieren presenciarse la muerte de su asesino....

*Solis.* Piedad.... per.... don. (Muere.)  
(Llaman á la puerta del frente.)

*Ana.* (Grita). Socorro, favor!

*Ped.* El auxilio será tardío.

*Ana.* Compasion, Rodrigo! (Se oyen muchos golpes.)

*Rod.* Implórala de Dios, no de mi afrenta. (La hiere de muerte.)

*Ana.* Bien lo merez.... co....

*Ped.* Estos ocuparán el lugar de nuestros hijos.

*Rod.* Ya, Don Alvaro, son herederos de mis haciendas.

(Consiguen abrir la puerta del frente.)

## ESCENA VI.

*Los mismos, el pártoco con la cruz de Calatrava, el juez con baston y dos alguaciles.*

*Pár.* Aquí, don Rodrigo de Alarcon!

*Rod.* Estrañais que esté en mi casa?

*Juez.* Qué veo? Esas víctimas os destinan al cadalso.

Qué sangrienta mano las ha inmolado?

*Rod.* La de su injuriado marido.

*Ped.* Y en su defecto se hubiera vengado la mia.

*Juez.* (A don Rodrigo.) Con qué vos sois el criminal?

*Rod.* Yo soy el inocente. Vos, hábil ministro de justicia, no habeis traslucido ya que divulgaron mi muerte porque la creyeron cierta despues de haberla pagado, para cumplirse en seguida sus torpes y criminales promesas?... Qué!.... Dudais aun?... Es-

perad. (*Se dirige rápidamente á Solís y doña Ana, les arranca del pecho los retratos, los abre y entrega al juez para que los lea.*)

*Juez.* (*Lee uno.*) Mis hijos recibieron la muerte de mi propia mano, siendo cómplice en ello doña Ana Alonso de Solís. (*El otro.*) Don Rodrigo de Alarcon, mi esposo, fue asesinado por Solís y por mí.—Ana Ruiz.

*Pár.* Qué horror!

*Rod.* Adúlteros, escarmentad!!!

CAE EL TELON.

FIN DEL DRAMA.









